

A.S.A. HARRISON

# LA MUJER DE UN SOLO HOMBRE

Traducción del inglés de  
Gemma Rovira Ortega



Título original: *The Silent Wife*

Ilustración de la cubierta: Getty Images / E+

Copyright © A. S. A. Harrison, 2013

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014  
Publicado por acuerdo con Penguin Books, Penguin Group (USA) LLC,  
Penguin Random House Company.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra son ficticios.  
Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-02-9  
Depósito legal: B-21.205-2014

1ª edición, noviembre de 2014  
*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1  
Capellades, Barcelona

*Para Jonathan*



PRIMERA PARTE

ELLA Y ÉL



## ELLA

Principios de septiembre. Jodi Brett está en la cocina preparando la cena. Gracias a la planta abierta del piso y las ventanas del salón orientadas al este, tiene una vista panorámica del paisaje del lago y del cielo, de un azul uniforme a la luz del ocaso. El horizonte, una línea finamente trazada de azul más oscuro, parece al alcance de la mano. Ese arco delimitador hace que se sienta arropada. La sensación de contención es lo que más le gusta de vivir allí, en su nido del piso veintisiete.

Con cuarenta y cinco años, Jodi todavía se considera una mujer joven. No piensa en el futuro, sino que vive el presente, concentrada en el día a día. Da por hecho, sin habérselo planteado siquiera, que las cosas continuarán así siempre, de forma imperfecta y, sin embargo, completamente aceptable. Dicho de otro modo: ignora que está en el mejor momento de la vida, que su juvenil capacidad de recuperación (que los veinte años de matrimonio con Todd Gilbert han ido erosionando poco a poco) se acerca a una etapa final de desintegración, y que sus conceptos de quién es y cómo debería comportarse son menos estables de lo que cree, dado que bas-

tarán unos pocos meses para que se convierta en una asesina.

Si se lo dijeran, no se lo creería. La palabra «asesinato» apenas existe en su vocabulario; es un concepto sin significado, del que se habla en las noticias y que atañe a personas a las que ella no conoce ni conocerá nunca. La violencia doméstica le parece particularmente inverosímil; no concibe que la fricción cotidiana en el marco familiar pueda alcanzar niveles tan graves. Esa incomprensión tiene sus motivos: Jodi no es idealista, cree que lo bueno siempre conlleva algo malo, no le gusta discutir y no se deja provocar fácilmente. Además, tiene un buen autocontrol.

El perro, un golden retriever de pelaje rubio y sedoso, permanece sentado a sus pies mientras ella trabaja con el cuchillo en la tabla de cortar. De vez en cuando le lanza una rodaja de zanahoria cruda, que el animal atrapa y tritura alegremente. Ese lanzamiento de hortalizas es un antiguo ritual que precede a la cena; el perro y Jodi lo practican desde que ella lo llevó a casa siendo un cachorro regordete para quitarle de la cabeza a Todd el anhelo de descendencia, que había surgido en él, casi de la noche a la mañana, cuando cumplió cuarenta años. Llamó *Freud* al perro previendo lo que iba a divertirse a costa de su tocayo, el misógino al que se había visto obligada a tomarse en serio en la universidad. *Freud* pedorreándose, *Freud* comiendo basura, *Freud* intentando morderse la cola. El perro es un buenazo y no le importa en absoluto que se rían de él.

Jodi se entrega de lleno a la tarea de cortar hortalizas y picar hierbas. Le encanta la intensidad de cocinar: la viveza de la llama del fogón, el reloj automático contando los minutos, la inmediatez del resultado. Es consciente del silencio que reina fuera de la cocina, y todo se concentra en el momento en que oirá la llave en la cerradura,

un acontecimiento que ella espera con placer. Todavía tiene la sensación de que prepararle la cena a Todd es un gran acontecimiento; todavía se maravilla de que un giro del destino hiciera que se cruzaran sus vidas, una pura casualidad que no parecía favorecer una relación posterior, y mucho menos un futuro de comidas apetitosas, preparadas con cariño.

Sucedió una mañana lluviosa de primavera. Ocupada con sus estudios universitarios de Psicología, sirviendo mesas por la noche, agotada por el exceso de trabajo, Jodi se mudaba de casa. Iba conduciendo hacia el norte por State Street en una furgoneta de alquiler cargada con todas sus pertenencias. Al prepararse para cambiar de carril, quizá mirara hacia atrás o quizá no. La furgoneta era difícil de manejar, Jodi no estaba acostumbrada a conducir vehículos grandes, y, para colmo, las ventanillas estaban empañadas y en el semáforo anterior se había saltado la calle por la que debía torcer. Dadas las circunstancias, quizá estuviera distraída; más adelante los dos discutirían mucho sobre eso. Cuando el coche de Todd golpeó la puerta del conductor de la furgoneta y ésta salió haciendo trompos hacia los coches que venían de frente, hubo bocinazos y chirridos de frenos, y antes de que ella pudiera recomponerse, convencerse de que la furgoneta se había parado y ella seguía ilesa, él ya estaba gritándole a través de la ventanilla cerrada.

—¿Estás loca, tía? ¿Se puede saber qué haces? ¿Te has escapado del manicomio o qué? ¿Dónde te han enseñado a conducir? ¡A la gente como tú deberían quitarle el carnet! ¿Piensas bajar o vas a quedarte ahí sentada como una imbécil?

La diatriba de Todd aquel día bajo la lluvia no le causó una impresión favorable, pero un hombre que acaba de tener un accidente de tráfico se pone furioso aunque tenga él la culpa, que no era el caso; así que,

unos días más tarde, cuando Todd la llamó y la invitó a cenar, Jodi tuvo la gentileza de aceptar.

La llevó a Greektown, donde comieron *souvlaki* de cordero regado con un *retsina* muy frío. El restaurante estaba abarrotado, las mesas muy juntas, la luz era muy intensa. Tenían que gritar para hacerse oír por encima del bullicio, y se reían del trabajo que les costaba entenderse el uno al otro. La poca conversación que consiguieron mantener se redujo a frases concisas como «Está todo muy bueno... Me gusta este sitio... Tenía las ventanillas empañadas... Si no hubiera pasado, nunca te habría conocido».

Jodi no solía tener citas como Dios manda. Los chicos que conocía de la universidad la llevaban a tomar pizza y cerveza y pagaban contando las monedas una por una. Se presentaban en el restaurante despeinados y sin afeitar, con la misma ropa que llevaban ese día en clase. Todd, en cambio, se había puesto una camisa limpia y había pasado a recogerla con su camioneta para ir al restaurante; y ahora estaba pendiente de ella, le llenaba la copa cada vez que se le quedaba vacía y trataba de que se sintiera cómoda. A Jodi la complacía lo que veía: la tranquilidad con que Todd ocupaba el espacio, la sensación que transmitía de tenerlo todo controlado. Le gustó su campechana costumbre de limpiar el cuchillo en el pan, y que pusiera su tarjeta de crédito en el platillo sin haber mirado la cuenta.

Después de cenar, Todd la llevó a Bucktown a ver la mansión decimonónica que estaba reformando: una antigua pensión que iba a convertirse en vivienda unifamiliar. La guió por el sendero de acceso, poco firme, sujetándola ligeramente por el codo.

—Ten cuidado. Vigila dónde pisas.

Era una monstruosidad de estilo neogótico con el ladrillo deteriorado, la pintura descascarillada, venta-

nas muy estrechas y tejados puntiagudos que le daban un amenazador impulso hacia arriba; una construcción aberrante y vulgar en una calle bordeada de edificios sólidos y resistentes, completamente restaurados. En lugar de porche, había una escalerilla por la que se subía hasta la puerta, y en el suelo del recibidor, tirada, una araña de luces enorme. En el salón principal, una estancia de techo exageradamente alto que recordaba a una cripta, había montones de escombros y cables colgando.

—Aquí había una pared —explicó él—. Todavía se ven las huellas.

Ella miró el suelo, donde faltaban unos tablones.

—Cuando convirtieron la casa en pensión, levantaron muchos tabiques. Ahora vuelve a tener la distribución original. Ya se ve cómo va a quedar.

A ella le resultaba difícil imaginar cualquier tipo de resultado final. Tampoco ayudaba el hecho de que no hubiera electricidad; la única luz provenía de las farolas de la calle. Todd encendió una vela, echó unas gotas de cera en un platillo y la pegó. Estaba decidido a enseñarle toda la casa, y pasearon la vela por las habitaciones vacías: lo que iba a ser la cocina, la sala de estar desaparecida tiempo atrás, espacios provisionales definidos por paredes de listones y yeso. En el piso de arriba se notaba más que aquello había sido una pensión; las puertas de los dormitorios tenían pestillo, y las paredes estaban pintadas de colores inusuales. Se respiraba un intenso olor a moho, y reinaba una atmósfera inquietante, propiciada por los crujidos del vetusto suelo de madera y la luz de la vela, cuyas ondulaciones los proyectaban a ellos dos, como espectros, por las paredes y el techo.

—No es una restauración —dijo Todd—. Voy a cambiarlo y modernizarlo todo. Suelos de roble, puertas macizas, cristales dobles en las ventanas... Será lo que

busca todo el mundo: una casa antigua con personalidad, pero sólida y actualizada.

Todd le explicó que se había lanzado sin ayuda de nadie y que había ido aprendiendo el negocio sobre la marcha. Estaba realizando aquel proyecto en lugar de ir a la universidad; había pedido dinero prestado y vivía del crédito y el optimismo. Jodi comprendió lo apurado que debía de estar cuando vio el saco de dormir enrollado en un dormitorio, y una maquinilla de afeitar y un bote de espuma en el cuarto de baño.

—¿Qué te parece? —preguntó él cuando volvieron a bajar.

—Me gustaría verla terminada.

—¿Crees que estoy chiflado? —preguntó él, risueño.

—Es un proyecto ambicioso —admitió ella.

—Vas a llevarte una sorpresa.

Cuando lo oye entrar, el lago y el cielo ya se han perdido en un anochecer aterciopelado. Apaga la luz del techo y deja que las lámparas integradas de la cocina proyecten su resplandor tenue; se quita el delantal y, sin dejar de escuchar los movimientos de Todd en el recibidor, se humedece los dedos con la lengua para alisarse el pelo de las sienes, un gesto que es pura anticipación. Él saluda al perro, cuelga su chaqueta, se vacía los bolsillos en el cuenco de bronce que hay encima de la consola. Sigue un breve silencio mientras repasa el correo. Jodi pone trucha ahumada y un abanico de galletas saladas en un plato.

Todd es un hombre corpulento, de pelo castaño claro, ojos gris pizarra y una gran vitalidad. Cuando Todd Gilbert entra en una habitación, la gente se despierta. Eso es lo que diría Jodi si alguien le preguntara qué es

lo que más le gusta de él. También que sabe hacerla reír cuando quiere y que, a diferencia de muchos hombres, es apto para la multitarea: aunque esté hablando por el móvil, puede abrocharle el cierre del collar o enseñarle cómo funciona el sacacorchos de sumiller de dos fases.

Todd le roza la frente con los labios, la rodea y saca las copas de cóctel del armario.

—Tiene buena pinta —comenta—. ¿Qué es? —Se refiere a la pieza de carne dorada, con costra de masa, que Jodi ya ha sacado del horno y reposa en la rejilla.

—Ternera Wellington. Ya la hemos comido otras veces, ¿no te acuerdas? Te gusta.

Preparar los martinis es tarea de Todd. Mientras bate una vinagreta para las hortalizas, Jodi oye el repiqueteo de los cubitos de hielo y percibe la intensa fragancia del limón que él está cortando. Tropieza con ella, se le caen las cosas, estorba; pero a Jodi le gusta tenerlo cerca, notar su reconfortante presencia. Aspira el olor que Todd ha acumulado a lo largo de la jornada y gravita hacia el calor de su cuerpo. Es un hombre que siempre está caliente al tacto, una característica relevante, a nivel animal, para alguien que casi siempre tiene frío.

Todd le pone un martini delante, en la encimera, y se lleva el suyo, junto con la trucha, al salón, donde se sienta con los pies en alto y abre el periódico que ella le ha dejado encima de la mesita cuidadosamente doblado. Jodi pone las judías francesas y las zanahorias *baby* en dos vaporeras separadas y toma el primer sorbo de su copa; cierra los ojos y disfruta del instante en que el vodka llega a su torrente sanguíneo y se extiende por sus extremidades. Desde el sofá, él lanza comentarios sobre las noticias del día: los próximos Juegos Olímpicos, la subida de los tipos de interés, la previsión de lluvia. Cuando se ha terminado casi toda la trucha y la última gota del martini, se levanta y descorcha una botella de

vino mientras ella corta la carne en trozos gruesos. Llevan sus platos a la mesa, desde donde ambos tienen vistas del brillante cielo.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta Todd mientras pincha con el tenedor.

—He visto a Bergman.

—Bergman. ¿Qué se contaba? —Va zampándose la carne, muy concentrado, y habla sin levantar la vista del plato.

—Me ha recordado que ya hace tres años que hizo el anuncio del pudín. Creo que tenía pensado echarme parte de la culpa.

Todd conoce a los pacientes de Jodi por los nombres en clave que ella les pone. Como van y vienen mientras él está en el trabajo, nunca se ha encontrado con ninguno, pero ella lo mantiene al día, y de alguna manera él los conoce muy bien a todos. Jodi no considera que haya nada malo en eso, siempre que sus nombres verdaderos permanezcan en secreto. Bergman es el nombre en clave de la actriz en paro cuyo último trabajo —el susodicho anuncio de pudín— es ya un recuerdo lejano.

—Vaya, ahora vas a tener tú la culpa —comenta Todd.

—Dice que es su desesperación lo que le produce una reacción de rechazo a la gente, y quiere saber por qué no la he ayudado a solucionarlo. Madre mía. Si llevamos semanas trabajando eso.

—No me explico cómo lo aguantas.

—Si la vieras lo entenderías. Es una luchadora. No se rendirá nunca, y al final las cosas empezarán a irle bien.

—Yo no tendría tanta paciencia.

—Si te importaran, sí la tendrías. Ya sabes que mis pacientes son como mis hijos.

El rostro de Todd se ensombrece, y ella se da cuenta de que su comentario sobre los sustitutos de los hijos le

ha recordado a los hijos reales que él no tiene. Volviendo a Bergman, dice:

—Pero me tiene preocupada. Es un pez que se muerde la cola: ella no puede creer en sí misma si nadie la contrata, pero nadie la contrata porque no cree en sí misma; y el caso es que no sé si estoy ayudándola mucho. A veces pienso que debería renunciar, que he fracasado con ella como psicoterapeuta.

—¿Por qué no lo haces? Si no estás consiguiendo nada...

—Bueno, la terapia tampoco la perjudica. Al menos ha identificado el problema.

—Esta carne está buenísima. ¿Cómo has hecho para meterla dentro de la masa?

Como si se tratara de un barquito dentro de una botella; pero ella sabe que no lo dice en broma. Para tratarse de un hombre capaz de levantar paredes y cavar cimientos, es de una simpleza asombrosa en lo referente a la cocina.

—Está envuelta. Imagínate una capa de aislante alrededor de una tubería.

Pero él tiene la mirada perdida y no parece registrar la respuesta.

Siempre ha sido propenso a esos lapsus, aunque últimamente ella tiene la impresión de que son más frecuentes. De pronto se desconecta, se deja llevar por una corriente de pensamientos, conjeturas, preocupaciones o quién sabe qué. Podría estar contando en silencio hacia atrás desde cien, o recitando mentalmente los nombres de los presidentes. Por lo menos ella no puede quejarse de su estado de ánimo. Desde hace un tiempo está más alegre, casi vuelve a ser el de antes, a tal punto que Jodi empieza a pensar que su depresión ha pasado a la historia. Hubo un momento en que temió que pudiera ser crónica. Duraba mucho, y ni siquiera *Freud* conseguía hacerlo reac-

cionar. Cuando era cachorro, con sus graciosas travesuras, *Freud* parecía un bufón de la corte.

Eso sí, Todd siempre ha sabido disimular cuando cenan con amigos: se encarga de que circule el licor, rebosa cordialidad, consigue que la gente se sienta a gusto. A las mujeres les cae bien porque es ingenuo y generoso. «Rosalie, ya has vuelto a beber de la fuente de la juventud», «Deirdre, estás tan guapa que dan ganas de comerte». También sabe camelarse a los hombres, dejándolos hablar de sí mismos sin competir, y hace reír a todos con sus imitaciones: la del naturópata indio («tú muy tenso, necesitas lento lento»), la del mecánico jamaicano («colega, tu buga suspira por un repasillo, prepara pasta») y otras.

No cabe duda de que está mejor, más animado, se ríe incluso cuando están solos; se lo ve más relajado y complaciente, menos preocupado, más como era antes, al principio; aunque lejos han quedado aquellos días en que se metían desnudos en la cama y leían el periódico y veían un partido y compartían un cuenco de cereales, con el cartón de leche en equilibrio entre los dos, y el paquete de azúcar Domino derramándose por las sábanas. En aquella época tenían la libertad de no conocerse apenas el uno al otro; tomaban posesión alegremente de un futuro pausado, con todas las puertas todavía abiertas y todas las promesas todavía alcanzables.

—¿En qué piensas? —pregunta Jodi.

Todd parpadea varias veces y sonrío.

—Esto está delicioso —dice. Coge la botella, media-da, y rellena las copas—. ¿Qué te parece el vino?

Le gusta hablar de vinos. En ocasiones, el vino que están bebiendo con la cena puede convertirse en el centro de la conversación. Pero ahora, en lugar de esperar a que ella conteste, se da una palmada en la cabeza y dice:

—Se me olvidaba. Los chicos han organizado una excursión de pesca este fin de semana.

—De pesca —repite ella.

Todd se ha zampado los dos trozos de carne y está rebañando la salsa del plato con un trozo de pan.

—Salen el viernes después del trabajo. Vuelven el domingo.

Todd nunca va de pesca y, que ella sepa, sus amigos tampoco. Lo entiende de inmediato, sin asomo de duda: la locución «excursión de pesca» es un eufemismo.

—¿Vas a ir?

—Me lo estoy pensando.

Ella, que todavía no ha acabado de comer, intenta darse prisa. Sabe que a él lo pone nervioso esa costumbre que tiene a veces de dar bocados minúsculos y mantenerlos un rato cautivos en la boca. Se traga un trocico que todavía no ha masticado del todo; se le atraganta y le provoca un amago de náuseas. Él, galante, se levanta presto y le da palmaditas en la espalda mientras ella tose y tiene arcadas. Por fin, escupe en la mano el trozo de comida que ha provocado el problema y lo deja en el borde del plato sin mirarlo.

—Ya me dirás qué decides. —Y se seca las comisuras de los ojos con la servilleta—. Si vas, a lo mejor aprovecho para limpiar las alfombras. Y para preparar mermelada.

En realidad no tiene intención de hacer ninguna de esas cosas; lo dice sólo por decir algo. Siempre ha considerado un plus el hecho de que Todd no le mienta, es decir, que no adorne sus explicaciones con esa clase de detalles que las convertirían en mentiras. Aquí el problema no tiene nada que ver con su circunloquio. El problema es que Todd no hace excursiones de fin de semana, que ir de excursión el fin de semana es algo que no ha hecho nunca.

—Ah —dice—. Te he traído un regalo.

Sale de la habitación y vuelve con un paquete, un rectángulo plano más o menos del tamaño de un libro en rústica, envuelto en papel marrón y asegurado con cinta adhesiva. Lo pone encima de la mesa, junto al plato de Jodi, y vuelve a sentarse. Le hace regalos a menudo y a ella le encanta, pero le encanta menos cuando los regalos son para apaciguarla.

—¿Qué celebramos? —pregunta.

—Nada.

Los labios de Todd esbozan una sonrisa, pero la atmósfera crepita. Podrían volar objetos de una punta a otra de la habitación; las cabezas podrían girar sobre sí mismas sin control. Jodi coge el paquete y advierte que apenas pesa. La cinta adhesiva se desprende fácilmente, y del cartón protector doblado por la mitad extrae una preciosa ilustración, pequeña: un cuadro rajputa, un original. La escena, dibujada en azules y verdes, representa a una mujer con vestido largo, de pie, en un jardín vallado. Rodeada de pavos reales y una gacela, engalanada con elaboradas joyas de oro, es evidente que no la atormentan preocupaciones materiales ni asuntos mundanos. Unas ramas frondosas trazan un arco protector por encima de su cabeza, y la hierba bajo sus pies forma una ancha alfombra verde. Examinan la escena juntos, hacen comentarios sobre las manos de la mujer pintadas con henna, su cestito blanco, el contorno de su delicada figura visto a través de la gasa del vestido. Mientras observan los cuidados detalles y los contrastes de color, su vida vuelve discretamente a la normalidad. Todd no se ha equivocado al comprarle la ilustración. No le ha fallado la intuición.

Se acerca la hora de acostarse. Jodi recoge la mesa y empieza a lavar los platos. Todd se ofrece a ayudar, mecánicamente, pero ambos saben que lo mejor es que le

deje la limpieza a ella y saque al perro a pasear. No es que Jodi sea demasiado exigente; su estándar es razonable. Pero, cuando limpias una fuente de horno, no debe quedar grasa, ni puedes quitar la grasa con el paño de cocina que luego vas a utilizar para secar las copas de cristal. Puro sentido común. Todd no es descuidado cuando se trata de construir edificios. Y si tuviera que colgar un estante, no lo colgaría inclinado, de modo que los objetos colocados encima resbalaran al suelo y se rompieran. Prestaría atención y haría bien el trabajo, y nadie que lo observara lo llamaría perfeccionista ni lo acusaría de maniático. Tampoco se puede decir que a ella le guste quejarse. Es un hecho comprobado que, en ciertos contextos, las mayores virtudes de las personas se convierten en sus mayores defectos. La escasa paciencia de Todd para las tareas domésticas surge de que su energía rebasa la escala de dichas tareas. Es algo apreciable en su manera de estar en una habitación, alzándose imponente en el espacio limitado, con una voz potente y ademanes amplios. Es un hombre al que le gusta estar al aire libre, o en una obra, donde su magnitud no resulte desproporcionada. En casa, donde mejor está es dormido junto a Jodi, con su mole en reposo y su energía latente en una especie de ausencia reconfortante.

Jodi pasa por sus bonitas habitaciones echando cortinas y sacudiendo cojines, enderezando cuadros, recogiendo pelusa de la alfombra y, en general, creando el escenario que quiere encontrar al día siguiente cuando se levante. Es importante que todo esté serenamente en su sitio cuando ella inicie su jornada. En el dormitorio, dobla el embozo y pone encima un pijama para él y un camisón para ella; alisa la tela y dobla los apéndices que sobresalen, para que las prendas no parezcan cuerpos vacíos. Aun así, tienen algo que la asusta: el ribete blanco del pijama oscuro, los lazos de seda de su

camisón. Sale de la habitación y va al balcón. Sopla un viento cortante, y en la noche sin luna el paisaje es una negrura sin fondo. Jodi se asoma a esa oscuridad que pone los pelos de punta, se deleita en la sensación de aislamiento, disfruta de no poder controlarla; se queda allí hasta que pierde la gracia y vuelve dentro. Agradece la estabilidad y la seguridad de su vida; ha acabado por valorar muchísimo las libertades cotidianas, la ausencia de exigencias y complicaciones. Renunciando al matrimonio y a los hijos ha conservado la pizarra limpia, ha conseguido una sensación de amplitud. No se arrepiente de nada. Su instinto materno encuentra una salida en sus pacientes, y a efectos prácticos está tan casada como cualquiera. Sus amigos la conocen como Jodi Brett, por supuesto, pero para la mayoría de la gente es la señora Gilbert. Le gustan el nombre y el título; le aportan una especie de pedigrí y funcionan como versátil abreviatura, eliminando la necesidad de corregir a la gente o dar explicaciones, y prescindiendo de locuciones incómodas como «compañera» o «pareja de hecho».

Por la mañana, cuando él se marcha al trabajo, ella se levanta, se viste y pasea al perro por la orilla hasta Navy Pier. El sol brilla detrás de una bruma blancuzca y proyecta una red plateada sobre el lago. La brisa que sopla hacia tierra tiene un olor acre, aromatizado con los embriagadores aromas marineros a aceite de motor, pescado y madera podrida. A esa hora, el parque de atracciones sobre el muelle parece un gigante dormido, con el pulso ralentizado y la respiración atenuada. Sólo los lugares (los vecinos que pasean a sus perros y los que practican *footing*) ven mecerse las barcas, oyen el débil chapoteo del agua, el aire de abandono del tiovivo y la

noría, y cómo las gaviotas se zambullen para pescar el desayuno. Cuando da media vuelta y se dirige hacia la ciudad, el horizonte parece una visión que surge a lo largo de la orilla, espectacularmente iluminado por el sol naciente. Jodi fue a estudiar a Chicago hace más de veinte años, y de inmediato se sintió como en su casa. Vive ahí no sólo físicamente, sino también emocionalmente. Acostumbrada a las privaciones de una ciudad pequeña, la impresionaron los rascacielos, las aglomeraciones de gente, la abundante variedad y hasta el drástico clima. Fue ahí donde maduró, donde se forjó una identidad, donde aprendió a desarrollarse como persona adulta y como profesional.

Abrió la consulta en primavera, nada más terminar la carrera. Para entonces vivía con Todd en un apartamento minúsculo de un solo dormitorio, en Lincoln Park. Los primeros clientes le llegaron a través de la universidad, y los atendía en el salón mientras Todd estaba en el trabajo. Desde que era estudiante universitaria tenía decidido que su enfoque sería ecléctico —que en cada situación recurriría al elemento de su repertorio que encajara mejor—, de modo que practicaba la escucha activa, aplicaba la terapia Gestalt para interpretar los sueños y cuestionaba abiertamente actitudes y comportamientos contraproducentes. Aconsejaba a la gente que se exigiera más y se preocupara por su propio bienestar. Les daba ánimos y refuerzo positivo. El primer año aprendió a tener paciencia y dejar que cada uno avanzara a su propio ritmo. Su baza principal era una cordialidad genuina: sus pacientes le caían bien, y ella les daba el beneficio de la duda, lo que hacía que ellos se sintieran cómodos. Hablaban bien de ella a sus conocidos, y su consulta fue creciendo.

Durante casi un año las cosas le salieron bien, fue cogiendo su ritmo, ampliando sus recursos, ganando

confianza. Hasta que, un día, a uno de sus pacientes, un chico de quince años llamado Sebastian y diagnosticado de trastorno bipolar (un buen chico, a pesar de todo: le iba bien en el colegio y parecía perfectamente normal; tenía el pelo castaño oscuro y ojos marrones; era curioso, comprometido, y le gustaba hacer preguntas filosóficas del tipo «¿Por qué hay algo en lugar de nada?», o «¿Cómo podemos saber algo con seguridad?»), lo encontraron muerto en la acera, bajo el balcón del piso donde vivía con sus padres, en la décima planta. Al ver que no se presentaba a la sesión programada, Jodi llamó a su casa y su madre le dio la noticia. El chico llevaba muerto cinco días.

«No te sientas culpable», tuvo el detalle de decirle su madre. Pero el chico se había suicidado el día de su última sesión. Jodi lo había visto por la mañana y él se había quitado la vida apenas doce horas más tarde. ¿De qué habían hablado? De unas molestias que él tenía en los ojos. Veía cosas en su campo visual periférico, cosas que pasaban fugaces y que en realidad no existían.

Entonces fue cuando Jodi se matriculó para ampliar sus estudios en la Escuela Adler, y también cuando empezó a seleccionar y escoger a sus pacientes.

Cruza Gateway Park, charla brevemente con una vecina y hace una parada en el Caffé Rom, donde pide un café con leche para llevar. Lee el periódico mientras se come el huevo pasado por agua y la tostada con mantequilla. Después de desayunar, recoge los platos y saca el dossier de su primer paciente, cuyo nombre en clave es «el Juez», un abogado homosexual, casado y con hijos. El Juez tiene ciertas cosas en común con sus otros pacientes. Ha chocado contra un muro en su vida y cree, o espera, que la psicoterapia lo ayudará. Se ha comprometido consigo mismo a llegar hasta el final. Y no plantea más problemas de los que ella puede manejar. Esto últi-

mo Jodi lo ha determinado a través de un proceso de selección. A las personas con comportamiento auto-destructivo las deriva a otros profesionales. No trata a adictos, por ejemplo —ni drogadictos, ni alcohólicos ni ludópatas—; rechaza a cualquiera con trastorno de la conducta alimentaria, diagnóstico de esquizofrenia, depresión crónica o que se haya planteado o haya cometido un intento de suicidio. Considera que esas personas deben recibir tratamiento médico o participar en programas de rehabilitación.

Su horario sólo le permite ver a dos clientes por día, antes de comer. Los clientes a los que acaba aceptando, después de la selección, tienden a ser personas estancadas, perdidas o inseguras; personas a las que les cuesta saber lo que quieren y tomar decisiones basadas en lo que se espera de ellas o lo que creen que se espera de ellas. Pueden ser exigentes consigo mismas —porque han interiorizado los juicios de unos padres insensibles—, y al mismo tiempo comportarse de formas que se consideran irresponsables o inapropiadas. En general no saben establecer sus prioridades, ni marcarse unos límites personales; descuidan sus propios intereses y se consideran víctimas.

En el cuarto de invitados, que hace las veces de despacho, caben holgadamente una mesa, un archivador y un par de sillones puestos uno frente al otro sobre un kilim antiguo de  $1,8 \times 2,4$  metros. Entre los dos sillones hay una mesita baja donde Jodi pone su tablilla sujetapapeles, un bolígrafo, una caja de kleenex, una botella de agua y dos vasos. El Juez lleva traje oscuro, como de costumbre, con zapatos Oxford negros y calcetines con diseño de rombos de colores llamativos, que se ven cuando se sienta y cruza las piernas. Tiene treinta y ocho años, labios y ojos sensuales y una cara alargada. Cuando se sienta enfrente de él, Jodi le pregunta cómo le han

ido las cosas desde la última vez que se vieron, hace una semana. Él le habla de su visita a un bar de ambiente y de lo que pasó en el callejón de atrás. Se explica detalladamente, quizá con la esperanza de impresionarla; pero el sexo consentido entre dos adultos no la escandaliza, y además ésa no es la primera vez que él pone a prueba su paciencia con algo parecido. Habla deprisa, cambia de tema bruscamente, lo revive, hace todo lo posible por involucrarla.

—Tenía los pantalones por los tobillos. Imagínate que alguien hubiera... Dios mío, cómo apeataba la basura. Me concentré en eso, en la basura, para frenar un poco el asunto. Tenía que hacer algo. En el bar, el tipo había estado mirándome fijamente. Yo ya lo había visto allí otras veces, pero no creía que... Hacía una eternidad que no iba a aquel bar.

Va bajando la voz y la observa con picardía; le chispean los ojos y tiene los labios húmedos de saliva. Le gustaría verla reír, que le dijera que es muy malo y muy travieso, pero el trabajo de Jodi no incluye llenar los silencios de la conversación ni poner a nadie en el buen camino. Él espera, y como ella sigue sin decir nada, se remueve y se mira las manos.

—Bueno —dice al fin—. Lo siento. De verdad. Lo siento muchísimo. No debí hacerlo. —Eso no puede decírselo a su mujer, y por eso se lo dice a su psicoterapeuta.

Siempre repite el mismo patrón: negación seguida de indulgencia seguida de un nuevo periodo de negación. La fase de negación comienza con afirmaciones del tipo «adoro a mi familia, no quiero hacerles daño». Los remordimientos son auténticos, pero no puede renunciar a sus pasatiempos gays ni privarse del manto de seguridad de su vida doméstica. Ambas cosas desempeñan un papel en la satisfacción de sus necesidades, y ambas

son importantes para su sentido de la identidad. Finge ante sí mismo que su interés por los hombres es una fase pasajera y no ve que la abstinencia y la culpa son su forma de cargar las pilas para gozar a tope. Como a muchos adúlteros, le gusta dramatizar. Es más marica de lo que cree.

—Es tu decisión —le dice ella. Pero él todavía está muy verde para reconocerlo.

El miércoles es el día de los adúlteros. La siguiente clienta, la señorita Peggy, una joven tímida, mofletuda y de manos pecosas, sostiene que tener un amante la estimula y mantiene vivo su matrimonio. Según la señorita Peggy, su marido no sospecha nada, y si sospechara algo no tendría ningún derecho a quejarse. No está del todo claro por qué la señorita Peggy asiste a psicoterapia, ni qué espera conseguir con ella. Se diferencia del Juez en que no le remuerde la conciencia y en el sentido práctico con que se organiza (ve a su amante los lunes y jueves por la tarde, después de hacer la compra y antes de recoger a los niños en el colegio).

La señorita Peggy parece menos atribulada que el Juez, pero para Jodi representa un reto mayor. Su ansiedad fluye por debajo de la superficie, formando corrientes subterráneas, y casi nunca se desborda ni produce alteraciones. Acceder a ella y trasladarla a su esfera de conciencia no va a resultar fácil. El Juez, en cambio, es un libro abierto, un hombre sensible que se ha metido en un berenjenal. Al final, con la ayuda de Jodi o sin ella, el problema del Juez llegará a un punto crítico y encontrará la forma de salir de su vida.

Pese al convencimiento de la señorita Peggy de que su marido no sabe nada, Jodi cree que seguramente sospecha algo. Siempre hay indicios, como ella bien sabe. Por ejemplo: el adúltero suele estar distraído o preocupado; al adúltero no le gusta que le hagan preguntas; el

pelo y la ropa del adúltero están impregnados de olores inexplicables. Cualquier tipo de olor: incienso, moho, hierba. Enjuague bucal. ¿Quién usa enjuague bucal al final de la jornada, antes de volver a casa para acostarse? Una ducha puede eliminar los olores corporales reveladores, pero el jabón que el adúltero utiliza en el cuarto de baño del hotel es diferente del que utiliza en casa. Además, siempre están las típicas pistas: un pelo pelirrojo o rubio, manchas de carmín, ropa arrugada, llamadas de teléfono furtivas, ausencias inexplicadas, marcas misteriosas en el cuerpo... por no mencionar las extrañas adquisiciones —el bonito llavero o la botella de loción para el afeitado— que aparecen de pronto, sobre todo el día de San Valentín.

Al menos Todd se esfuerza por ser discreto, y en general no intenta nada con las amigas de Jodi, aunque ha habido excepciones. Tenían unos amigos con los que se llevaban muy bien, una pareja a la que conocieron durante unas vacaciones en el Caribe y con la que trabaron amistad compartiendo margaritas y clases de buceo. Dirigían un negocio de venta de casas prefabricadas, algo por lo que Todd sólo sentía desprecio. Sin embargo, durante varios inviernos seguidos coincidieron con esa pareja en diversos centros turísticos. Jodi sospechaba que Todd y Sheila estaban liados, pero procuraba no pensar en eso, hasta que una tarde desaparecieron de la piscina para reaparecer al cabo de un rato con cara de gato que acaba de lamer un cuenco de nata. De haber sido sólo eso, quizá lo habría pasado por alto, pero se fijó en los sutiles desplazamientos del bañador de Todd, y en la gotita de algo gelatinoso que brillaba en el vello de su pecho.

Sin embargo, nada de todo eso importa. No importa, sencillamente, que una y otra vez él revele el juego, porque él sabe y ella sabe que la engaña, y él sabe que

ella lo sabe, pero lo fundamental es que la fachada, la importantísima fachada se mantenga, la ilusión de que todo va bien y no pasa nada. Mientras los hechos no sean declarados abiertamente, mientras él hable con ella con eufemismos y circunloquios, mientras las cosas funcionen sin contratiempos y prevalezca una apariencia de calma, podrán seguir viviendo como siempre, pues todo el mundo sabe que una vida tranquila requiere una serie de acuerdos basados en la aceptación de las personas que te rodean, con sus necesidades individuales y sus idiosincrasias, que no siempre podemos adaptar a nuestros gustos ni constreñir para que encajen con normas sociales conservadoras. Las personas viven su vida, se expresan y buscan la satisfacción a su manera y en su momento. Se equivocan, tienen errores de juicio, escogen mal los momentos, toman caminos erróneos, adoptan costumbres hirientes, se salen por la tangente. Si algo aprendió en la universidad fue eso, cortesía de Albert Ellis, el padre de las terapias cognitivo-conductuales. Las personas no están aquí para satisfacer nuestras necesidades ni cumplir nuestras expectativas, ni nos tratarán bien siempre. El hecho de no aceptar esto generará rabia y resentimiento. La serenidad se consigue aceptando a las personas tal como son y enfatizando lo positivo.

Los adúlteros, por lo general, prosperan. Y aunque no prosperen, no van a cambiar, porque la gente no cambia, o no cambia sin una motivación fuerte y un esfuerzo continuo. Los rasgos de personalidad básicos se desarrollan en las primeras etapas de la vida, y con el tiempo se vuelven inviolables, intrínsecos. La mayoría de las personas aprenden poco de la experiencia, casi nunca piensan en ajustar su comportamiento, creen que los problemas emanan de quienes los rodean, y siguen haciendo lo que hacen a pesar de todo, para bien o para

mal. Un tramposo siempre será tramposo, del mismo modo que un optimista siempre será optimista. Un optimista es alguien que, después de que lo atropelle un conductor borracho, de quedarse con las dos piernas destrozadas y de tener que hipotecar la casa para pagar las facturas del hospital, dice: «Tuve suerte. Podría haberme matado.» Para un optimista, esa clase de afirmación tiene sentido. Para un tramposo, tiene sentido llevar una doble vida y mentir descaradamente.

Cuando afirma que las personas no cambian, lo que Jodi quiere decir es que no mejoran. Sin embargo, es evidente que empeoran. La vida sabe cómo pasarle factura a la persona que creías ser. Jodi era buena persona, buena de verdad, pero ya no puede asegurarlo. Está el día que lanzó el móvil de Todd al lago, con el mensaje de una mujer que se dirigía a él llamándolo «Golfillo». El día que metió sus calzoncillos en la lavadora con la ropa de color. Las numerosas ocasiones en que se ha encargado de que Todd pierda cosas. No se enorgullece de esas fechorías. Le gustaría pensar que está por encima de esa clase de comportamiento, que acepta a Todd tal como es, que no es de esas mujeres que creen que sus maridos les deben algo, cuando sabían perfectamente dónde se metían; no obstante, considera que sus transgresiones son leves comparadas con las libertades que se toma él sin ningún reparo.

Después de acompañar a la señorita Peggy a la puerta, baja al gimnasio, que está en una planta inferior del edificio, y allí levanta pesas y recorre diez kilómetros en la bicicleta estática. Después de comerse un plato de sobras de verdura fría con mayonesa, se da una ducha y se viste para salir a hacer unos recados. Antes de marcharse, le deja escritas unas instrucciones a Klara, la chica que va a limpiar los miércoles por la tarde. La rutina diaria es el gran bálsamo que la mantiene en movimiento e impide

que su vida se derrumbe, pues la protege del miedo existencial que en cualquier momento puede tenderte una emboscada si titubeas o no sabes qué hacer, recordándote la magnitud del vacío que tienes debajo. El truco de la clase media consiste en mantenerse ocupado; es un método práctico y eficaz. A Jodi le gusta el ajetreo un poco banal que supone programar las visitas de sus pacientes, llevar la casa y mantenerse en forma y bien arreglada. Le gusta llevar una vida metódica y ordenada, y se siente segura cuando tiene el tiempo planificado de antemano. Es un placer hojear su agenda y ver qué actividades tiene programadas: visitas al *spa*, horas en la peluquería, chequeos médicos, sesiones de Pilates. Asiste a casi todos los actos organizados por su asociación profesional y se apunta a clases de todo lo que le interesa. Por la noche, si no tiene que cocinar para Todd, cena con sus amigas. Y luego están las dos vacaciones largas —en verano y en invierno— que Todd y ella siempre hacen juntos.

Al volante de su Audi, baja las ventanillas y se em-papa del ruido y el alboroto de la ciudad. Disfruta con el estruendo y el tumulto de tantas cosas sucediendo a la vez: los vendedores ambulantes, los músicos callejeros, los mercados al aire libre; hasta con las multitudes, las sirenas y los embotellamientos de tráfico. Una adolescente con un manojo de globos cruza la calle bailando. Un hombre con delantal blanco está sentado en la postura del loto en los escalones de un restaurante. Jodi deja su cuadro rajputa en el taller de marcos, escoge un libro de viajes, compra una báscula de cocina para sustituir la que se le ha roto y, de regreso a casa, se toma un *frappuccino* en el Starbucks del barrio, pero dejando tiempo suficiente para pasear al perro y cocinarse una chuleta antes de ir a su clase de arreglos florales.